


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL


a 00002 34005 0


LUX
LIBERTAS

ADOLFO APONTE

EL REY CIEGO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

PREMIADA
EN EL CONCURSO DEL AYUNTAMIENTO DE MADRID

MADRID
LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»
15, Puerta del Sol, 15.

1917

EL REY CIEGO

OBRAS DEL AUTOR

Jardín de ensueño, (poesías)................. Agotada.
Canciones remotas, (ídem).................. 3 ptas.
Paisajes de almas, (ídem).................... 3,50 ptas.

TEATRO

El Rey ciego, tragedia en tres actos y en **verso.**

EN PREPARACIÓN

POESIA

Parábolas y narraciones.

TEATRO

El lobo de Agubbio, poema trágico en tres actos y en verso.

El mejor testigo, Dios, leyenda dramática en tres actos y en verso.

Los hidalgos, comedia dramática en dos actos y en prosa.

ADOLFO APONTE

EL REY CIEGO

TRAGEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

PREMIADA EN EL CONCURSO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE MADRID, Y ESTRENADA CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO ESPAÑOL LA NOCHE DEL 5 DE MARZO DE 1917



MADRID
LIBRERÍA «FERNANDO FÉ»
Puerta del Sol, 15

1917

FALLO DEL JURADO

Examinadas por el Jurado todas las obras dramáticas en tres ó más actos presentadas al concurso anunciado por el Ayuntamiento, se acordó, por unanimidad, premiar, teniendo en cuenta el mérito relativo de la obra, la titulada **El Rey Ciego**, *tragedia en tres actos y en verso, cuyo lema es «Desde la Penumbra»*

Abierto el sobre que contenía el nombre del autor, resultó ser éste D. Adolfo Aponte Martínez, residente en Valladolid.

Madrid, 1.º Julio 1916.

FRANCISCO F. VILLEGAS

ENRIQUE LÓPEZ ALARCÓN

TOMÁS BORRÁS

J. LÓPEZ PINILLOS

JOSÉ ALSINA

Es copia literal.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CONSTANTE, (rey de Duncania)......................	SR. RUIZ TATAY.
USALDA, (su esposa).........	SRA. CARMEN JIMÉNEZ.
DUQUE DE BRANES, (amante y favorito de la reina).......	SR. MUÑOZ.
SAMUEL, (judío médico del rey)......................	SR. TRESCOLÍ.
RODRIGO, (capitán en Duncania)....................	SR. VIÑAS.
NUÑO, (su segundo).........	SR. GONZALVEZ.
BLANCA, (azafata confidente de la reina)...............	SRTA. ABRINES.
OTRAS DOS AZAFATAS........	SRTA. JIMÉNEZ. / SRTA. PÉREZ LUQUE.
UN MENSAJERO.............	SR. GONZALEZ MARÍN.
CABALLERO 1.º..	SR. BABÉ-BOTANA.
CABALLERO 2.º.............	SR. SANTA CRUZ.
CABALLERO 3.º.............	SR. CISNEROS.
ASESINO 1.º................	SR. BABÉ-BOTANA.
ASESINO 2.º................	SR. CISNEROS.
JEFE DE LANZAS.............	» »

Lanzas, hombres de armas, pajes, capitanes, caballeros, grandes señores, gente del pueblo.

La acción en el palacio real del fantástico reino de Duncania. Edad Media.

NOTA.—Los versos comprendidos entre asteriscos, pueden suprimirse en la representación á juicio del actor.

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

Salón del Palacio real de Duncania, fastuosamente decorado. Al fondo corre una doble galería de arcos góticos, sólo interrumpida por la puerta central.—Perpendicular á esta galería parte otra que se supone termina en las terrazas de los jardines reales.—Puertas laterales.—En paredes y frontones lucen las armas del Rey Constante.

ESCENA 1.ª

Diversos grupos en escena hablan en voz baja, como si discutieran los sucesos; en uno aparte, Rodrigo, Nuño, Blanca, otras azafatas y algunos caballeros; van entrando en grupos también guerreros, grandes señores, caballeros que acuden á palacio atraídos por las noticias.

RODRIGO

(A las azafatas.)

Vosotras llevaréisle este mensaje
á la reina...

CABALLERO 1.º

(Entrando acompañado de un grupo.)

¿Llegó ya el mensajero?

NUÑO

¡Aquí lo estamos esperando todos!

CABALLERO 2.º

(Seguido de otro grupo.)

!Llegamos ya!... ¡Aquí lo esperaremos!...
¿Véis? todo se ha sabido... unos á otros
se lo habrán dicho en el mayor secreto.

CABALLERO 1.º

(Fingiendo la voz.)

¡No lo digais á nadie!... se habrán dicho.
Y á todos se lo habrán ido diciendo
en baja voz, muy misteriosamente.

NUÑO

(Impaciente.)

!Muy lindo modo de perder el tiempo!

CABALLERO 3.º

(Con otro grupo.)

¡Toda Duncania espera... hasta aquí llega
el vocerío y el clamor del pueblo

como el rugido de un león...! ¡Señores!

(Saluda.)

¡No fuímos en llegar de los primeros!...

UNA VOZ

¡Aquí está!

OTRA VOZ

¡Ya llegó!

OTRA

¡Vedlo, ya viene!

RODRIGO

(Acercándose á la puerta.)

¡Venid, venid!... ¡se acerca el mensajero!

ESCENA II

Dichos y el mensajero.

Todos rodean al mensajero, que llega sudoroso, jadeante y cubierto de polvo. Todo de negro, sólo el airón es blanco.

EL MENSAJERO

¡Infausto día, gran Dios,
para los pechos honrados!
¡La vida sacrificara
por no traer tan aciago
mensaje! La reina Usalda,
¿dónde está?, para ella traigo
el más triste cometido.

(Viendo á Rodrigo y sacando un pliego.)

A vos un pliego cerrado
os traigo también; tomad...

Rodrigo lo lee aparte, hay un breve silencio de expectación.

RODRIGO

(Terminando de leer el pliego que le entregó el mensajero.)

¡Los traidores no han logrado
dar la muerte al rey Constante...!

CABALLERO 1.º

¿Luego aún vive el rey?

RODRIGO

¡Aún vive!

EL MENSAJERO.

Cobardes, lo envenenaron
los traidores, más Samuel
el judío lo ha salvado...

CABALLERO 1.º

¡Gran médico es el judío!

CABALLERO 2.º

¡Diz que cura los más raros
dolores...

CABALLERO 3.º

¡Obra su ciencia
los más extraños milagros!

RODRIGO

(A Nuño, aparte.)

Oidme, Nuño, ordenad
que estén todos los soldados
en los cuarteles dispuestos,
por si el pueblo amotinado
por los sucesos, intenta
penetrar en el palacio...
Tomad puertas y avenidas
y reservad por si acaso
gente brava y elegida

(Váse Nuño.)

ESCENA III

Dichos, menos Nuño.

CABALLERO 1.º

(Al mensajero.)

Decid... ¿Cómo fué?, contadnos...

EL MENSAJERO

Para celebrar los últimos
triunfos que han alcanzado
nuestras tropas, un banquete
en el campo celebraron
el Rey y los capitanes
de su ejército; brindaron
por las armas victoriosas
por obtener nuevos lauros

en la guerra, y como el vino
amigo es de los soldados,
al beberlo enardecía
los más apocados ánimos...
Y así, alegres y contentos
estaban, cuando muy pálido
se puso el Rey D. Constante,
llevó á la frente la mano,
y como desfallecido
quedóse; se retiraron
los comensales á poco,
por dejar al soberano
descansar; vino Samuel
por el mismo Rey llamado,
y saliendo de la tienda
tembloroso y demudado
como un cadáver, nos dijo:
—¡Al Rey han envenenado!—

De rabia y cólera todos
los capitanes lloraron
como niños, y hacia el cielo
sus aceros levantando
vengarse de los traidores,
como vosotros juraron...

Samuel, dió al Rey un antídoto
con que su vida ha salvado,

pero sus ojos inmóviles
para siempre se han quedado,
claros, mas sin ver la luz,
vidriosos, fijos, extáticos,
tan abiertos que da miedo
y terror, sólo mirarlos,
como cristales sin vida
tristes, callados, opacos...
¡Pupilas del Rey Constante
que tantas glorias miraron,
nunca más vereis el sol
que traidores os cegaron...!

Dice Samuel, que el veneno
es de un efecto tan rápido,
que á no conocerlo él
al Rey hubiera matado...
Diz también que es extranjero,
y que no fué fabricado
aquí, sino que en Florencia
deben de haberlo comprado,
en donde á Samuel el médico
sus efectos enseñaron
y su antídoto también...

Rodrigo

¡Sea por ello alabado
el Dios todo poderoso!

(A las azafatas)

Con discreción y cuidado
á la Reina Usalda id,
y decidla que ha llegado
el mensaje que sabeis...

Blanca

Decírselo hemos de modo
tan cubierto y embozado,
que habeis de quedar contento
de habérnoslo confíado.

El mensajero

Mas id pronto... ¡Vive Dios!
que si al Rey he adelantado,
con su muerte lo pagó
mi más querido caballo,
y sabed que en las galeras
reales se han embarcado,
él con su acompañamiento,
y á llegar, si no llegaron

estarán; la Reina Usalda
preparad; calmad su llanto
prodigándola consuelos
que os parecieren del caso...
¡Id con Dios y sed discretas!

Vanse las azafatas: apenas se retiran llega á escena ruido de armas, se oyen trompetas y clarines tocando á sordina un aire triste y prolongado, y el vocerío del pueblo que clama venganza... Las campanas de la ciudad plañen un doble lento y desolado...

ESCENA IV

Dichos y Nuño

NUÑO

(Entrando apresuradamente.)

¡Capitán, nuestros soldados
no han podido contener
al pueblo... están anegados
por él, los jardines reales!
¡Todo nuestro esfuerzo, vano
resultó! ¡Detrás del Rey
viene Duncania clamando
venganza!

RODRIGO

¿Tan cerca está?

NUÑO

¡A las puertas de palacio
he podido adelantarlo!

(Se oyen más cercanas las voces del pueblo en los jardines; siguen las campanas plañendo y los clarines y trompetas llenan el ambiente de un aire fúnebre y guerrero.)

UNA VOZ DEL PUEBLO

(En los jardines.)

¡Que viva el Rey!

OTRA

¡Viva el Rey!

OTRA VOZ

¡Viva nuestro soberano!

OTRA VOZ

¡Mueran todos los traidores!

MUCHAS VOCES

¡Mueran! ¡Mueran!

RODRIGO

¡El cadalso
están á los asesinos
esas voces levantando!

ESCENA V

Dichos. El Rey Constante, Samuel, Caballeros, Guerreros, Grandes Señores.—Durante la escena van entrando diversas gentes que acuden á Palacio al saber la llegada del Rey.

EL REY CONSTANTE

Con los ojos abiertos, fijos, extáticos y como espantados entra apoyado en el médico Samuel y en un guerrero.—Viste armadura de guerra y sobre ella cae el regio manto de púrpura y armiño.—Al verlo entrar quedan todos silenciosos y contristados contemplándole.—El Rey habla como extraviado, pero á través de sus palabras deja ver la honda tragedia de su espíritu.—Todos le abren paso, quedando á ambos lados de la puerta; después lo rodean.

Resoplando en las sombras de la noche
galopó mi corcel brioso y ligero;
flameaba mi airón de blancas plumas
mi largo manto iba flotando al viento...
Se paró de repente mi caballo,

y —¡alto! ¡alto!—en lo oscuro me dijeron.
—¿Quién soy y qué quereis?—Y una voz hosca:
—¡tu juventud, tu juventud queremos!
eran el desengaño y el olvido,
¡eran el dolo, el odio y el recuerdo!
A la luz de la luna,
vi el siniestro reflejo
de trágicos puñales que amagaban
atravesarme el pecho...
Luché, pero eran muchos y valientes!
fueron vanos mi audacia y mis esfuerzos,
¡caí sobre mi sangre! y en la noche
los feroces bandidos se perdieron!...

Al despertar ensangrentado, quise
alzar la vista y contemplar el cielo
¡donde—pensé—aún lucirá mi estrella—
¡sólo hallé sombras!... Era todo negro!

¡Alrededor de mí sólo tinieblas!...
pregunté: ¿no era blanco aquél sendero
donde luché y caí bajo la luna?
A mi pregunta respondió el silencio...
¡Más hoscas aún, más hoscas y más negras,
las sombras me seguían envolviendo,
tejiendo silenciosas el sudario
para mis ojos que se habían muerto...!

¡Para robar mi juventud, traidores
en el camino me dejaron ciego!...

Queda abatido, la cabeza entre las manos.

Samuel

¡Calmáos, Señor, la agitación pudiera
acarrear dolores más funestos
sobre Duncania! ¡Nuevas esperanzas
para arrancaros de las sombras, tengo...!
¡Tened fe, rey Constante
y creed en salvaros, que os prometo
que habeis de ver la luz del sol dorando
los lejanos confines de estos reinos!
¡Creed... creed; la fé os traerá,
un vago resplandor entre el misterio...!

El rey Constante

(Como loco.)

¿Que tenga fé, decís?

Yo no os conozco...

(Palpándole como para reconocerlo.)

¿Quién sois? ¿Quién sois? ¿Porqué me decís eso?
¡Quisiera tener fé!

(Intentando reconocerlo nuevamente.)

No; no os conozco...
¿Cómo os conoceré? ¡Si es que no veo...!

SAMUEL

¡Pronto vereis!... ¿Mi voz no conocíais?
¡Soy Samuel, vuestro médico!

EL REY CONSTANTE

(En el mismo tono.)

¡Ah! ¿Samuel? ¿Samuel sois...? Sí; sí; parece...
Sí... eso es.. parece que os recuerdo

(Queda nuevamente pensativo y como hablando consigo mismo en una dolorida evocación interior.)

RODRIGO

(Al rey.)

¡Nuestro Señor y Rey! ¡Buen Rey Constante!

El rey Constante

¿Quién me ha llamado rey? No... no os creo...
¡yo no soy rey! ¿Vísteis en vuestra vida
algún avaro que estuviera ciego?
No... no podría ser... ¡ja, ja!, qué risa
tan terrible y tan triste fuera verlo
contando el oro, que sería en sus manos
unos mezquinos discos todos negros...

¿Qué eres tú?

(Tocando su armadura.)

¡Una armadura! ¿Algún guerrero?
Pues bien, todos verán esa armadura
brillar como de plata, á los reflejos
del sol... yo, sin embargo,
te miro como un triste caballero
de la muerte enlutado; ¡de la espuela
hasta el casco y airón todo de negro...!

¿De qué color es el azul? ¿y el rosa,
el verde, el amarillo y el bermejo?
¡En mi sombra interior, el amarillo
y el verde y el azul son todos negros...!

¡Y me llamásteis rey! Por Dios, sería
demasiado trágico y grotesco

ser rey y no saber á dónde llegan
ni dónde están los límites del reino.

¡Trágico rey fantástico
de los estados negros,
que no sabría al ascender acaso
si subía hasta el trono ó era el pueblo
que lo llevaba hasta el cadalso .. ¡nunca .
me llaméis rey!... ¡llamadme pordiosero!

¿Qué me importa tener bajo mis arcas
en ricas piedras, un tesoro inmenso,
si el placer de tener grandes tesoros
está solo, quizás, en poder verlos?

¡En las sombras, no existe la Belleza...!
¡la Belleza es la luz!... ¡y los objetos
más bellos no lo son por sí, sino
porque la luz del sol los hace bellos...

(Nuevamente queda como si allá, entre las sombras, quisiera evocar las bellezas que finge no ver.—Después de un momento de secreta reflexión.)

¡Samuel, Samuel! ¿dí? ¿por qué no dejaste
que me diera la muerte aquél veneno?
¿Por qué enterrarme entre las sombras vivo?
¡Las sombras son un ataúd sin término!

¡Qué grande es mi ataúd, y cómo roen
mi carne los gusanos del recuerdo!

RODRIGO

(Al rey, insistiendo.)

¡Nuestro Señor y Rey! ¡Buen rey Constante!

EL REY CONSTANTE

(Indignado.)

¿Quién rey, imbécil, me llamó de nuevo?
¿Es que os burláis de mí?

RODRIGO

¡Almas honradas,
Señor, aún quedan y leales pechos,
para quienes sois rey, viendo la luz
ó entre las sombras caminando ciego!

¡Señor, vos sois el rey, lo seréis siempre,
y todos como rey os conocemos...!
¡Rey sois de pechos nobles, y verdugo

seréis de los villanos que quisieron
de la frente arrancaros la corona,
quemar el trono y aplastar el cetro
bajo sus pies inmundos...!
¡Hay vasallos
que arrancarían con sus propios dedos
sus ojos para dároslos, si fuera
posible, que pudiérais ver con ellos!
¡Oh, entonces, no dudárais que aun sois rey
ante el grande dolor de vuestro pueblo!

El rey Constante

¡Un rey que no conoce á sus vasallos!
¡Trágico rey de un reino que no veo!

Rodrigo

¡Nobles, hombres de armas,
soldados, capitanes, caballeros,
rendid la alta cimera,
la larga espada y los lucientes petos
á las plantas del rey!

(Al rey.)

¡Buen rey Constante,

de tierra la rodilla no alzaremos...
hasta que lo mandéis!...

(Todos se postran ante el rey; los caballeros, guerreros, grandes señores se afinojan y rinden las largas espadas; sólo queda en pie la escolta de lanzas, que acompañó al rey á la entrada y que permanece entre los arcos de la galería.)

EL JEFE DE LA ESCOLTA

¡Rendid las armas
por nuestro rey, lanceros!

(Los lanceros de la escolta rinden las armas hasta tocar el suelo con ellas.)

EL REY CONSTANTE

Alzad... alzad del suelo, soldados y señores...
¿Qué me puede importar que me digáis: —«me postro
ante tus plantas, rey...» si no os veo en el rostro
si me acatáis leales ó si fingís traidores?

Alzad... alzad... mientras decís: —Rendidos
y postrados estamos ante tu realeza,

¿qué sé yo si tenéis en alto suspendidos
los tajantes aceros para hendir mi cabeza?

Mientras digáis: —¡Señor, tuya es mi suerte,
atadla al trono en irrompibles lazos,
podríais arrojar hecha pedazos
mi vida á los famélicos lebreles de la Muerte!

¡Atrás!, ¡no me sigáis!, ahora boga mi barca
entre la oscuridad... que me sigáis me asombra!...
¡Atrás! ¡Atrás! ¡Ya sólo soy monarca
de los vastos dominios del reino de la sombra!

ESCENA VI

Dichos y la reina Usalda con sus azafatas.

LA REINA USALDA

Entra cuando aún están los caballeros afinojados, toda pálida y convulsa, fingiendo indignación y dolor. Los caballeros levántanse y conservan una actitud triste, pero digna, ante sus imprecaciones. (A los guerreros, que se disponen á levantarse.)

¡Así en el suelo afinojados,
mudado el rostro y sin color,
tiemblan cobardes los soldados
que en el combate derrotados
abandonaron su señor!

¡Malhayan los que no supieron
á su caudillo defender,
los que con vida se volvieron
y á su señor ciego trajeron
para dolor de una mujer!

¡Necios! ¿Qué hicísteis del tesoro
que os dió á guardar mi corazón?
¡Triste de mí, que puse el oro
bajo la guarda del ladrón!

Trajéraismelo amortajado
tras de jornadas victoriosas
sobre el arzón de su corcel,
y yo le hubiera coronado
las sienes pálidas de rosas
entretegidas con laurel!

¡Mas no!, traísmelo maltrecho...
no amortajado en su bridón
ni herido á lanza en pleno pecho
en la batalla... que, al acecho,
envenenólo la traición.

¡Malhayan los que no supieron
á su caudillo defender,
los que con vida se volvieron
y á su señor ciego trajeron
para dolor de una mujer!

(Arrojándose á los pies del rey.)

¡Llorando lágrimas de muerte
he de bañar, señor, tus pies!

EL REY CONSTANTE

¡Mis ojos ya no pueden verte!
¡Samuel, Samuel!, dime, ¿quién es?

LA REINA USALDA

(Al rey.)

¡Oh, rey Constante, rey Constante,
mi único rey, amo y señor!
¡Transido, muerto está mi amante
corazón débil de dolor!

¡Los que te hirieron por la espalda,
los que te hicieron padecer...

EL REY CONSTANTE

(Interrumpiéndola é intentando reconocerla al tacto.)

¿Quién sois? ¿Quién sois?

SAMUEL

¡La reina Usalda!

El rey Constante

¡Dolor terrible de no ver!

Alzad... alzad, que si vertieron
mis ojos ciegos llanto tanto,
no fué porque la luz perdieron,
fué porque tristes presintieron
que causarían vuestro llanto.

¡Eterna sea mi tristeza
porque he perdido aquel edén!
¡Aquel edén de tu belleza
que mis pupilas ya no ven!

¡Oh, corazón, salta en pedazos!

(A Usalda.)

¡Mis ojos ya no pueden verte!...
¡Usalda, Usalda, entre mis brazos
vén de dolor á estremecerte!

(Usalda se arroja en los brazos del Rey y quedan enlazados breves instantes.)

La Reina Usalda

¡Señor, Señor, cuánto te adora
mi enamorado corazón!

SAMUEL

(Aparte.)

¡Oh, qué bien finge la traidora!

RODRIGO

(Aparte.)

¡Oh, qué bien finge maldición!

LA REINA USALDA

Si ciego estás, de hoy he de ser
entre tus manos el bordón
con que te puedas sostener,
y si no ves la luz, mi voz
llena de amor, te la hará ver.

¡Entre la inmensa oscuridad
iré á quemar mi juventud,
que entre tus sombras arderá
como una lámpara!...

EL REY CONSTANTE

¡La luz
No ha de volver! ¡No ha de volver!

La Reina Usalda

¡Pero mi amor te alumbrará
como el lucero que en lo azul,
guió á los magos á Belén
la noche en que nació Jesús!

El Rey Constante

¡Tu triste amor será al arder
un cirio junto á un ataúd!

(Exacerbándose en su locura hasta el delirio.)

Mas, tú que aún la puedes ver,
¿cómo es la luz? ¿cómo es la luz?

(Sus ojos fulguran más intensamente sombríos á la trágica interrogación.—El telón cae rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero

ESCENA I

(Por la primera derecha sale la Reina Usalda pálida y convulsa, y recorre la escena dando gritos inarticulados como si viniera huyendo de un fantasma que la persigue; brilla en sus ojos un trágico pavor, y su voz y sus gestos y sus ademanes, revelan su desesperación; avanza de pronto, y de pronto retrocede, como si al mismo tiempo quisiera ver y no ver; y obsesionada por la alucinación que padece, vuelve siempre al mismo sitio.—Mirando al fondo de la primera derecha, queda como petrificada de terror breves instantes.)

La Reina Usalda

¡Aún está allí!, ¡me mira amenazante!...
¡no avances; no!, ¡no avances!, ¡no me sigas!...
¡sombra del Rey Constante,
no me persigas más! ¡no me persigas!...

¡Siento clavarse aquí la puñalada
de tus ojos inmóviles y abiertos!
¡Más fría que un puñal es la mirada
muda y terrible de tus ojos muertos!

¡Huye sombra fatal de mi presencia!
¡A todas partes donde voy te encuentro!...
¿Vienes detrás de mí, ó es mi conciencia?
¡el gran fantasma que llevamos dentro!

Como potentes garras de leones
sobre el cuello indefenso de su presa,
caen sobre mí las alucinaciones
entre lo oscuro, y como por sorpresa!

¡Y entonces, huyo loca y anhelante
con un terror de cierva perseguida!...
¡Y tu, sombra fatal, siempre delante
cual si fueras la imagen de mi vida!

* ¡Siempre delante estás! ¡En los oscuros
* lóbregos y apartados corredores,
* y en mi alcoba á lo largo de los muros
* y en mi jardín entre los surtidores!

* ¡á plena luz, como en la noche plena,
* en todo tiempo y todas ocasiones!
* ¡¡Aun delante de Dios, que oye mi pena,
* vienes á interrumpir mis oraciones!!

(Evocando.)

¡Esta noche llegaste hasta mi lecho,
vi tu puñal en alto suspendido,

y al despertar, llevé la mano al pecho
porque sentía el corazón herido!

(Presa de hondo terror.)

¡¡Y aún está allí!! ¡¡que avanza se diría!!
¡¡¡Aparta, aparta, sombra aterrradora!!!...

(Llamando.)

¡Blanca, Blanca

ESCENA II

La Reina y Blanca

(Sale Blanca por la segunda derecha.—La Reina la coge por un brazo enfrontándola y señalando con la mano al fondo de la primera derecha.)

¿Qué ves?

Blanca

¿Dónde, señora?

La Reina Usalda

¡Allá en el fondo de esa galería!

Blanca

¡Aunque mirar lo que miráis deseo,
sólo la llama viva

de la luz del sol veo
tamizada á través de aquella ojiva!

LA REINA USALDA

¡Cómo abrasa mi cuerpo su mirada!
¡Más allá... más allá!... ¿qué ves ahora?

BLANCA

¡Nada veo señora!

LA REINA USALDA

¡Allí en el fondo! ¡¡Allí!!...

BLANCA

¡No veo nada!

LA REINA USALDA

¿No lo ves? ¿No lo ves?

BLANCA

¿A quién?

La Reina Usalda

¡Nos mira,
con sus ojos de fuego, mudamente!

Blanca

Mas... ¿quién? ¿señora, quién?

La Reina Usalda

¡Ya se retira!
¡Sólo yo lo he de ver eternamente!

Blanca

¡Yo nada ví!, sin duda padecido
habéis señora, una alucinación...

La Reina Usalda

(Recobrándose é intentando
disimular su turbación.)

Sí, Blanca, sí; sin duda, eso habrá sido...
¡Tú ya sabes lo mucho que ha sufrido
estos días mi pobre corazón!

BLANCA

Calmaos... pero, ¿qué ha visto vuestra alteza?
¡Que algo espantoso debe ser, sospecho!...

LA REINA USALDA

¿Nunca, Blanca, en tus noches de insomnio y de [tristeza,
cuando una mortal fiebre nos revuelve en el lecho,
miraste algo en lo obscuro, que de pronto te ha hecho
cubrirte con la sábana la ardorosa cabeza?

¿No escuchaste á tu puerta, nunca un ruido incierto
y al dirigir á ella, curiosa la mirada,
contemplaste, medrosa, en sombras rebujada
la imagen expectral de alguien que ya se ha muerto?

¿De los viejos retratos de la pared colgados
nunca viste salir á tus antepasados?
¡Al insólito miedo que te ha estremecido,

trémula de pavor una luz encendiste!...
miraste nuevamente á las sombras, y viste
que á la luz, las visiones han desaparecido...

(Transición.)

Pues tal en este caso ha sucedido.

¡Miré en las sombras una aparición,
y me invadió un terror desconocido,
grité, llamé, acudiste... ¡mas ya ha huído
á tu presencia la fatal visión!
Sola he de estar!.

BLANCA

¿No os hago compañía?
Escusadme... mas quiero seros franca...
¡Sola otra vez!...

LA REINA USALDA

¡Todo ha pasado, Blanca!
¡Si te necesitara, llamaría!

(Vase Blanca.)

ESCENA III

La Reina Usalda

Tal vez haya sospechado,
mas confío en su experiencia...
¡guardará mi confidencia
como en un cofre cerrado!

Mas el duque no ha llegado...

(Se dirige hacia el fondo, pero al pasar por la primera derecha vuelve á invadirla el terror que la obsesiona.)

¿Es realidad?, ¿es sueño?, ¿es desvarío,
¿me has de seguir hasta la eternidad
sombra fatal? ¡Tened piedad, Dios mío!
¡Tened piedad de mí! ¡Perdón!... ¡Piedad!...

(Cae de rodillas.—Al fondo aparece el Duque de Branes que avanza cautelosamente hasta posar la mano en el hombro de la reina: un grito escalofriante de ésta, llena la escena).

ESCENA IV

La Reina y el Duque de Branes

DUQUE DE BRANES

¿Qué te asusta? ¿Qué te asombra?
¿Qué hacías arrodillada?
¿Y ante quién?

LA REINA USALDA

¡Ante una sombra!
¡Duque, soy muy desdichada!

DUQUE DE BRANES

¿Una sombra? ¡Algún delirio!
creó tu imaginación!

LA REINA USALDA

¡Una sombra que es martirio
de mi triste corazón!

¡La sombra del rey Constante
que implacable me persigue...
Su mirada alucinante
á todas horas me sigue...

(Suplicante).

¡Préstame, Duque, valor
que resistir más no puedo,
que si me muero de amor
también me muero de miedo!

DUQUE DE BRANES

(Recriminándola

¡Llora, pues, débil mujer!
¿Es éste aquel amor fuerte?
¿Aquel amor que á vencer
iba al olvido y la muerte?

¡Amor que gime y que implora
y que no sabe sufrir
es cobarde! ¡Amor que llora
condenado está á morir!

LA REINA USALDA

¡Calla, calla! ¡En vano clamo
piedad! ¡vanamente lucho!

¡no sabes cuánto te amo,
pero también sufro mucho..!

¡Si mis ojos han llorado
tanto, si mis labios gimen
es de amor! ¿Cómo he llegado
si no por tu amor al crimen?

¡Calla, mientes, que mi vida
es tuya! ¡Mi corazón
hiere, Duque... estoy rendida
de amor... ¡mas ten compasión...!

Y ya que no á consolar
vienes este sufrimiento
no lo quieras aumentar.
¿Qué he de hacer si no llorar?

(Decidida).

¡Lloro... mas no me arrepiento!

DUQUE DE BRANES

Para arrepentirse es tarde...
¡No sea la obra empezada
daga que desenvainada
tiembla en manos de un cobarde!

Mas si rechazas mis planes,
si desfallece tu fé,
á mi ducado de Branes
de nuevo me marcharé.

Y aun que lo vea perdido
todo, pues pierdo tu amor,
¡Tras del tiempo va el olvido
que es la tregua del dolor!

¡Mientras, tú aquí, sin sosiego,
sola, triste, arrepentida
verás detrás de tu vida
esa sombra del rey ciego
que tú misma envenenaste!
¡Te abrasarás en el fuego
voraz que tú alimentaste!

La Reina Usalda

¿Capaz serás?

Duque de Branes

¡Sí seré!

La Reina Usalda

¡Oh, nunca Duque esperaba
oir lo que te escuché!...

¡Contigo lo envenené
porque loca te adoraba!

(Suplicante ante el temor de perderlo.)

¡No me dejes! ¡soy tu esclava!...
¡lo que me mandes haré!

¡Seré á tu mandato absorta
bajo el dolor que me abruma,
cual sándalo que perfuma
el hachazo que lo corta!

(Exaltándose y como horrorizada dè sus mismas palabras.)

¡Que tanto te llegué á amar,
tan grande es la pasión mía
que si preciso matar
fuera al rey... lo mataría!

Duque de Branes

¡No es preciso que á la pena,
cede su vida insensata!
¡Loco está...

La Reina Usalda

¡El dolor lo mata!

Duque de Branes

¡Y si no se le condena!

sólo nos resta esperar
y por si alguien acecha
nuestros pasos, alejar
de nosotros la sospecha.

Rechaza, pues, tu flaqueza.
—¡Débil al fin cual mujer!—
Pues sólo tu fortaleza
nos falta para vencer.

La Reina Usalda

¡De salvar al rey, Samuel,
aún conserva la esperanza!

Duque de Branes

¡Antes caerá sobre él
el peso de mi venganza!

(Con fruición.)

¡Venceremos! ¡Venceremos!

¡Y cuando hayamos ceñido
la corona, gozaremos
tanto como hemos sufrido!

(Cogiéndola amorosamente las manos.)

Y tras de la breve espera
iremos cual peregrinos
de amor, por blancos caminos
floridos de primavera...

¡Oh, qué feliz aquel día,
en que en inefables lazos
te tenga muerta en mis brazos
de amor, llamándote mía!

¡Cuando—las bocas unidas—
en un ardoroso exceso
sintamos que nuestras vidas
se extenúan en un beso!

La reina Usalda

¡Sólo tu amor me sostiene!
¡Cuánto te amo! ¡Pero suelta!

Suelta, Duque... que alguien viene.
Oigo pasos... escuchad!

(Escuchan: se oyen pasos cada vez más cercanos.)

¡Adiós, pues se acercan ya...!

DUQUE DE BRANES

¿Tendrás, Usalda, valor?

LA REINA USALDA

¡Se lo pediré al amor
y el amor me lo dará!

(Vase 1.ª izquierda.)

ESCENA V

Duque de Branes y Samuel

SAMUEL

Os felicito; el rumor
propala por ahí la gente
que con la Reina regente
sereis el gobernador,
y que os felicite es ley...

EL DUQUE DE BRANES

Tus palabras agradezco...
¡Me honran como no merezco
siempre la Reina y el Rey!
Mas... ¿lo salvarás?

SAMUEL

Procuro
vencer el mal con paciencia.

DUQUE DE BRANES

¡Mucho fío en tu experiencia!

SAMUEL

Podeis fíar porque os juro
que no he de ahorrar desvelo,
y que si me ayuda el cielo
de salvarle estoy seguro.

Ahora corro á visitarle,
conque si me dais licencia...

DUQUE DE BRANES

Te acompaño á su presencia
que yo también he de hablarle...

¡Si fueras su salvador
en tu recompensa piensa...!

SAMUEL

(Con orgullo.)

¡Os doy las gracias, señor,

son mi mejor recompensa
mi lealtad y mi honor!

(Vase.)

DUQUE DE BRANES

(Amenazante viéndole desaparecer.)

¡Nunca en tu ciencia creí,
Mas ya que intentas salvarlo,
antes que puedas probarlo
no habrá quien te salve á tí!

(Vase.)

ESCENA VI

Rodrigo y Nuño

RODRIGO

¡El plan está bien tramado!
Ahora prenden á Samuel,
hacen creer que se ha fugado
y que quien ha envenenado
al Rey Constante, fué él.

¡Mas no les ha de valer...!
¡Veremos, Duque, si puedes
pasar sin pisar las redes
que te acabo de tender!

(A Nuño.)

¿Están esos hombres?

NUÑO

¡Sí!

Aguardaban tu llegada.

RODRIGO

¡Que uno vigile la entrada,
y entren los otros aquí!

Tú vigilarás la puerta
De la Cámara real...

(Vase Nuño.)

¡Cuánto odio el Duque despierta
en mi corazón leal!

ESCENA VII

Rodrigo, Nuño, Asesinos primero y segundo

NUÑO

Pasad por aquí...

(Vase á vigilar la puerta de la Cámara real.)

ASESINO 1.º

Señor.

A vuestra cita acudimos.

ASESINO 2.º

Para serviros venimos.

RODRIGO

(Con ironía.)

¡Que me hacéis un gran honor!

(Al asesino 1.º)

Escuchad, pues; sin asombros

respóndeme, y con franqueza
dime, ¿tienes la cabeza
segura sobre tus hombros?

ASESINO 1.º

Mas...

RODRIGO

¡Calla, pisas en falso!

(Al asesino 2.º)

Y tú, buen hombre, ¿al pasar
miraste ayer levantar
en la plaza algún cadalso?

ASESINO 2.º

¡Sí, ví!...

RODRIGO

¡Pues es que la ley
Se dispone á castigar
á unos traidores al rey
que mañana han de ahorcar!

(Los asesinos tiemblan y palidecen ante la trágica evocación de Rodrigo.)

Mas, ¿qué os pasa? ¿Qué tembláis?
¿Por qué así palidecéis?

¿Tanto miedo me tenéis
que á desfalleceros váis?
¿Siendo dos hombres honrados,
por qué el cadalso al nombrar
así os ponéis á temblar
cual si fuérais desalmados
salteadores de caminos
ó traidores asesinos
al verdugo destinados?

ASESINO 1.º

¡Capitán, mandadme ahorcar,
pero no os burléis así!

RODRIGO

(Burlándose.)

¿Cómo voy á ahorcarte á tí,
cuando me vienes á honrar?...
¡Sería acción afrentosa
y muy contraria á mi honor!
¡Já!, ¡já!, ¡já! ¡He ahí un traidor
con cara de dolorosa!...

(Transición.)

¿Conque íbais á prender
á Samuel para decir

por toda Duncania luego,
que él envenenó al rey ciego
y lo dejamos huir?

(Decidido.)

¡Para terminar; sabed
que conozco vuestros planes!...
¡Conmigo ó con el Branes!...
¡Lo que os convenga escoged!

ASESINO 1.º

¡Mandad, que os obedecemos!

ASESINO 2.º

¡Somos vuestros servidores!

RODRIGO

¡Poco fío de traidores!

ASESINO 1.º

¡Por vos leales seremos!
¿Qué hemos de hacer?

RODRIGO

Fingiréis
como que al Duque acatáis,

á Samuel encerraréis,
después las llaves me dais...
¡y lo demás... lo sabréis
cuando esas llaves traigáis!...
¿Conformes?

ASESINO 1.º

¡Sí!

RODRIGO

¡No demoro
vuestra paga!... ¡Mi largueza
os regala la cabeza
y estas dos bolsas de oro!

(Se las da.)

Mas también tened presente
que ya os vigila mi gente
por lo que pueda pasar
y á la menor intención
que alimentéis de traición,
os pueden atravesar
por la espalda, el corazón.

NUÑO

(Desde la puerta que vigila.)

¡El rey se acerca!...

RODRIGO

¡Medid
la ocasión que se os presenta,
si cumplís doblo la cuenta!
¡Si no os ahorco!... ¡Salid!

(Señalándoles la puerta con un arrogante gesto de mando) —Vanse los asesinos.

NUÑO

La farsa se representa
con tan rara habilidad
que á no estar en el secreto
creyérase realidad.

RODRIGO

Pues la farsa prosigamos...
Mas se acercan... sé discreto...
¡Nosotros también finjamos!

ESCENA VIII

Rodrigo, Nuño, El Rey, Samuel y el Duque de Branes.

EL REY CONSTANTE

(Camina apoyándose en Samuel; su belleza varonil ha envejecido bajo el peso de un gran dolor; su locura se ha exacerbado, y del desfallecimiento y la irresolución pasa bruscamente á la violencia de las palabras y los ademanes, que otras veces son lentos y pausados, como de majestad cansada.)

(A Samuel.)

¡Tened fe!... ¡Tened fe!... ¡Siempre lo mismo!...
¡Creed, creed!... ¿En qué queréis que crea?
¡Una sola verdad para mí existe
y es el horror de mis pupilas ciegas!...

RODRIGO

¡Señor!

NUÑO

¡Señor!

(Se arrodillan ante el rey.)

EL REY CONSTANTE

(Extiende las manos normalmente y tactea en el viento, buscándolos como para reconocerlos, hasta que los encuentra, y las posa sucesivamente sobre los hombros de Rodrigo y Nuño. Después, admirado.)

¡Qué hombres más pequeños!...
¿Sois mis bufones?... ¡Paso, ruín familia!...
¡Duque, mirad que os mando que mañana
arrojéis de palacio esta trailla
de enanos!... ¡Paso, paso, abridme paso,
¡ó vive Dios! que lo abrirá mi ira!...

(Les da con el pie.)

DUQUE DE BRANES

No son tales bufones; son Rodrigo
el capitán, y Nuño, que se humillan
á vuestras regias plantas...

EL REY CONSTANTE

(A Rodrigo y Nuño.)

¡Perdonadme!
¡Mis manos quieren ver por mis pupilas!...
¡Quieren ver y no ven!... ¡Os creí enanos,
cuando sois dos gigantes de rodillas!...
¡Alzad... alzad!

(Rodrigo y Nuño se levantan. El rey calla un momento; después, exaltándose en su locura.)

¡Qué inmenso poderío!
¡Oh, qué inmensa riqueza la perdida!...
¡Cuando no estaba ciego
era mía la tierra!... ¡Toda mía!...

¿Ya no te acuerdas, Duque? ¿Y tú, Rodrigo?

Una tarde serena, azul y limpia,
salimos, yo en mi alazán
y tú en tu yegua morcilla,
Rodrigo en su brioso corcel blanco,
aun rebelde á la espuela y á la brida...

A un paso moderado, los caballos
nos llevaron del mar junto á la orilla;
en el fondo lejano
donde el cielo y el agua se fundían,
mirábamos perderse la blancura
de las velas latinas...

Tú me dijiste, Duque: —¡Oh el mar, qué hermoso
¡Quien ve el mar ve el reflejo de la vida!...
¡El mar es rico y vario!; ¡en sus entrañas,
para siempre perdidas,
aun están las galeras llenas de oro
en el fragor de una tormenta hundidas!...
—Tú dijiste, Rodrigo: —Allá en su fondo,
otros seres fantásticos habitan!

—Y yo—¡Callad, callad—, el mar es mío!
—á vuestras alabanzas respondía—
¡Es mío!... ¡Es mío todo el mar azul!...
¡¡La inmensidad azul del mar, es mía!!...

Pasábamos al pie de una montaña
con penachos de nieves en las cimas,
en las verdes laderas, los rebaños
mansamente pacían,
y algún pastor, sentado en un peñasco,
suspiraba en su flauta primitiva...

—¡Qué hermosa es la montaña!—me dijísteis—
¡Blanca y azul, arriba,
verde en las faldas, y olorosa toda,
austera y fuerte, y á la vez, sencilla!...
¡Humilde á los rebaños que alimenta,
y al vuelo de las águilas, altiva!
—Y yo—¡Callad—os dije!
¡¡¡Esa montaña es mía!!!...

Al volver á palacio, ya la tarde,
entre púrpuras y oros, se moría...
Una luna temprana
nos hacía visajes y reía
burlonamente. Ya en el firmamento,
cual misteriosas lámparas votivas
brillaban las estrellas—y vosotros—
—¡Mirad la luna llena!—me decíais—
¡Mirad cuántas estrellas... Cuántas... Cuántas!—
—y yo—¡Callad, callad!—os respondía—
¡El sol, la luna, las estrellas todas,
el cielo, el mar!... ¡¡¡La creación es mía!!!

(Breve silencio; después, doloridamente exaltado.)

¡Y todo lo perdí!... ¡Quién lo diría!...
¡Qué riqueza perdí con mi quimera!...

¡¡Todo era mío, porque lo veía
y porque yo soñaba que lo era!!...

RODRIGO

¡Qué extraña lucidez en su locura!

EL REY CONSTANTE

¿Qué? ¿Qué decías tú, mi buen Rodrigo?

RODRIGO

¡Nada, señor!

SAMUEL

¡Venid, venid conmigo!
No os exaltéis así... la brisa pura
refrescaiá la sien calenturienta.
¡Ya veréis!... ¡Ya veréis que bien os sienta
la brisa del jardín... vamos... marchemos...
no tropecéis... así... tened cuidado...

EL REY CONSTANTE

¿Quieres ir al jardín? Bien... bien... iremos
¡aunque al volver no sepa donde he estado!

(Apoyado en Samuel, avanza hacia la puerta del fondo. Al llegar se vuelve bruscamente.)

¡Duque, Rodrigo, Nuño... á daros voy
de mi real largueza clara muestra!...
¡Todo lo que era mío!... ¡Yo os lo doy!
¡¡Ya lo sabéis... la creación, es vuestra!!...

(Vánse.)

ESCENA IX

Dichos, menos el Rey y Samuel.

RODRIGO

¡Apoyándose camina
el que era la fortaleza!
¡Pobre Rey! ¡triste ruina!
¿Qué resta de tu grandeza?

DUQUE DE BRANES

¡Sólo sombras y tristeza!

NUÑO

¡Sólo locura divina!

DUQUE DE BRANES

Rodrigo, os tengo que hablar...

RODRIGO

Hablad pues, por vida mía,
que fuera descortesía
el haceros esperar.

DUQUE DE BRANES

¿Sabéis que gobernador
de estos reinos me nombraron?

RODRIGO

Ha poco me lo anunciaron,
os felicito, señor.

NUÑO

(Despidiéndose.)

Duque, con vuestro permiso...

DUQUE DE BRANES

No tal; quedad también vos,
y atendedme bien los dos
lo que deciros preciso.

Por razones que explicaros
fuera largo, me propongo,
y en esta orden dispongo
sin remisión, relevaros...

Mas no os déis por ofendidos,
que á todos trataré igual,
pues la ley es general
y en ella están comprendidos
todos los cargos de estado,
del consejero al soldado,
desde la aldea á la corte...

RODRIGO

(Aparte.)

(¡Que tal afrenta soporte
y esté mi acero envainado!...)

DUQUE DE BRANES

(A Rodrigo.)

De vuestras tropas, el mando
doy al capitán Moncada,
con que tened preparada
vuestra gente, para cuando
sea la ley publicada.

(Con ironía.)

Mas como amigos, decid:

¿Qué os parece mi elección?
¡Moncada es muy fuerte espada,
y su segundo Dorliz
secundará bien su acción!

NUÑO

(Rudamente.)

¡Yo, Duque, no opino nada!...

RODRIGO

¡Yo os excuso mi opinión!

Publicad, Duque, la ley,
y no olvidéis, ¡vive Dios!
que loco me quitáis vos
lo que cuerdo me dió el Rey...
¡Y pues, que á cambiarse van
todos los cargos, infiero
que el vuestro será el primero,
y pronto os relevarán,
que si sóis buen consejero,
no soy yo mal capitán!

DUQUE DE BRANES

(Con desprecio.)

Ni son razones probadas,

ni es justa tanta rudeza
en quien tiene en la cabeza
nieves de tantas nevadas.

RODRIGO

¡Nunca la honrada blancura
de mi cabeza he escondido!
¡Soy viejo y he encanecido
bajo el yelmo y la armadura!

Y no en paganos placeres,
y en festines lisonjeros,
más propios de los troveros
y de galantes mujeres,
que no de fuertes guerreros
que ajenos á esas intrigas
al tajo de sus espadas,
hacen caer cercenadas
las cabezas enemigas!...

DUQUE DE BRANES

¿Me amenazáis?

RODRIGO

¡Ni tal quiero,
ni jamás mi labio osó

amenazar cuando aun no
está desnudo mi acero!...

¡Que si fuera mi intención,
mu do, mi labio callara,
mas ya mi espada buscara,
Duque, vuestro corazón!

DUQUE DE BRANES

(Retrocediendo hipócritamente ante la actitud de Rodrigo.)

Nunca pensé que agraviaros
con mis palabras pudiera,
pues mi intención, sólo era,
Rodrigo y Nuño, embromaros...
¡Perdón si imprudente fuí...!

(A Rodrigo, con fingido afecto.)

¿Aún á vuestro rostro asoma
ese furor contra mí?

RODRIGO

(Irónico.)

¡No, por Dios, que á tiempo ví

que nos hablábais en broma
y en broma... me enfurecí!

DUQUE DE BRANES

(Fingidamente.)

¡Siempre me honré siendo amigo
vuestro, y de vuestro segundo.
¿Quién sin ser vuestro enemigo,
dijera que hay en el mundo
capitán cual vos, Rodrigo?

(A Nuño.)

¡Vos, Nuño, sois gran soldado!
¿Y siendo así, he de deciros
que nunca en sustituiros
sino es en broma, he pensado?

Me voy... ¡Mas antes, perdón,
conque, dadme vuestros brazos...!

RODRIGO

(Aparte.)

(¡Quién pudiera hacer pedazos,
villano, tu corazón!)

(Vase el Duque.)

ESCENA X

Rodrigo y Nuño

RODRIGO

(Viendo marchar al Duque.)

¡Sólo el poder y la ambición te acucia!
¡No el amor á la reina!... ¡Mas desbarras,
que no al zorro traidor vale la astucia,
cuando cae del león entre las garras!

¡Eres cobarde! ¡Si en combate franco
decidiera la espada nuestras suertes
aprenderías, Duque, si eran fuertes
mis muchos años con el pelo blanco!

NUÑO

¡Somos leales y él traidor! Cordura
era sustituirnos y alejarnos.
¡Mas ha perdido la primer batalla!

RODRIGO

¡Su espada dió contra la roca dura
y encontró inexpugnable la muralla
cuando en las sombras, intentó asaltarnos!

NUÑO

¡Estar alerta, capitán, conviene
para librarnos de la dentellada
que entre las sombras nos dará...!

RODRIGO

¡Ya tiene
miedo el mastín que vela en mi majada!

¡No ha de valerte, Duque, tu osadía...!
¡Tiembla, cobarde, que llegó tu hora...!
¡Tiembla! ¡Se acerca la sangrienta aurora
en que se cumpla la venganza mía!

¡Pronto al cadalso subirán los viles,
y expirará la voz de los traidores
bajo un clamor de largos añafiles
y un épico redoble de atambores!

NUÑO

La realidad no demos al olvido...
marchemos porque el Duque está advertido
y habrá que redoblar las precauciones.

RODRIGO

Mas ¡ay de el que imprudente y atrevido
acosó en su cubil á los leones!

(Vanse.)

ESCENA XI

El Rey Constante, Samuel y Asesinos 1.º y 2.º

(La escena ha quedado sola; por la galería del fondo avanza el Rey Constante, apoyándose en Samuel; escondiéndose y rastreando, siguen sus pasos, al acecho, los asesinos primero y segundo.)

SAMUEL

Ya, señor, Dom Sem Tob
de Carrión, lo dijo:
«Nom vale el açor menos
por nasçer en vil nio
nin los enxemplos buenos
por los deçyr judío».

(Los asesinos primero y segundo que han ido pasando cautelosamente de arco á arco, tras el Rey y Samuel, se abalanzan bruscamente sobre éste, que grita, pero bajo la mordaza muere su voz; una fuerte amarra sujeta sus brazos que vanamente forcejean.)

EL REY CONSTANTE

(Al sentirse de pronto sin apoyo.)

¡Samuel, Samuel... Samuel... ¿por qué te alejas?
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? ¿A dónde has ido?

(Tacteando en el viento.)

¡Dame tu apoyo! ¿Por qué así me dejas
entre la inmensa oscuridad perdido?

(Apoyándose en los arcos del fondo camina unos pasos.)

¿Me querías salvar y me abandonas?

(Llamando inutilmente.)

¡A mí! ¡A mí, mis fieles servidores...

(Breve silencio)

¡Samuel.., Samuel!:...
¿También tú me traicionas?

(Desesperadamente)

¡Mi reino está poblado de traidores!

(Después de un momento, con loco furor)

¿No oyes, vasallo, que tu rey te nombra?

(Llamando)

¡Samuel!...

¿Dónde estaré?...

(Tacteando)

¡No lo adivino!...

(Con las manos extendidas avanza hacia el centro de la escena; los asesinos se llevan maniatado á Samuel, tras de vencer su inútil resistencia.)

ESCENA ULTIMA

El Rey y la Reina.

LA REINA USALDA.

(Sale decidida como para cruzar la escena; de pronto, ve al rey, que ha quedado inmóvil en el centro, gesticulando de rabia é impotencia, y retrocede aterrorizada)

¡Otra vez!... ¡Otra vez!... ¿Siempre tu sombra
me ha de saltar en medio del camino?

(Se pasa la mano por los ojos como si quisiera desvanecer una horrible pesadilla)

¿Estoy despierta ó sueño?... ¡Sueño!... ¡Sueño!...
¡Huiré, huiré de aquí!

(Intenta huir, mas al ver que el rey avanza unos pasos, retrocede de nuevo)

¡Mas... no! ¡Es pequeño
El mundo cuando se huye del destino!

(Queda junto á la batería cubriendo el rostro con las manos)

El rey Constante

¿Dónde estaré? ¡Samuel, dame tu mano!

La reina Usalda

(Alzando el rostro)

¡Parecía que hablar lo oí un momento...
¡No! ¡no! ¡no pudo hablar!... ¡delirio insano!
¡Exaltación de mi remordimiento!...

(Calla; después como arrepentida y avergonzada del pasado terror)

¿Y así he temblado ante un fantasma vano?...
¡¡Dame bríos, amor, conque valerme!!

(Sacando del pecho un puñal desnudo y avanzando con él en alto hacia el rey)

¡¡Por tu amor, Duque, quiero convencerme
si sombra es, ó si es un ser humano!!

(El rey avanza también, y cuando la reina va á herirle, sus manos, que tactean en las sombra apresan el brazo de Usalda, deteniendo el golpe que le amaga)

El rey Constante

(Con alegría sin soltar el brazo de la reina)

¡Al fin te hallé, Samuel!... ¡No te encontraba!...
¿Por qué huiste de mí? ¿Tanto te peso?...

La reina Usalda

(Loca de terror)

¡No!... ¡No es Samuel!... ¡Soy yo que te buscaba!...

(Sin saber qué decir.)

¡¡Sí, te buscaba... para darte un beso!!

(Arroja el puñal violentamente contra el suelo, y se echa en los brazos del rey desesperada)

TELON

ACTO TERCERO

DECORACIÓN

(Una plazoleta en el jardín real de Duncania, circundada de frondosos árboles.—Al fondo se inicia un sendero orlado de blancas estatuas; por derecha é izquierda se supone que desembocan otras dos.—Bajo un árbol centenario habrá un banco de piedra blasonado.—Es de noche.)

ESCENA I

Rodrigo y Nuño

NUÑO

De tal manera el rumor
por Duncania se ha corrido,
que ya todos han creido
que Samuel es el traidor...

La venganza los ofusca...
Y sin razones ni ley,
el reino entero lo busca
para vengar á su rey!

RODRIGO

Dejemos que el pueblo crea
lo que quiera, que después
haré yo al pueblo que vea,

que el Duque de Branes es
un traidor de vil ralea!...

¡Las redes están bien prietas
y es tan segura la trama
que hará sonar las trompetas
inmortales de la fama!

Cree el Duque, que han matado
á Samuel en su prisión...
Y así, publicó un pregón
en que aparece acusado
de reo de alta traición.

Y por mejor engañar
al pueblo, con tal vileza,
ha llegado á valuar
en el pregón, su cabeza...

NUÑO

¡Creo que no la ha de hallar!

RODRIGO

¡También yo creo que no,
que es difícil encontrar
cabeza que guardo yo!...

¡Crees infame y cruel
Duque, que el peligro pasa
cuando el peligro es mayor
y está esperando Samuel
nuestra venganza en su casa!...

NUÑO

¡Pronto caerás, traidor!

RODRIGO

¡Ay de su ambición! ¡ay de él!
Mas con esta incertidumbre
por Dios, que impaciente estoy,
temiendo que falten hoy
fatalmente, á su costumbre...

NUÑO

¡Blanca, á la que con derroches
de pasión enamoré,
fué la que me dijo que
venían todas las noches...

Y en ese banco sentados
entre tantas noches, una,
los contempló enamorados

besarse bajo la luna
que hacía el jardín de plata...

RODRIGO

¡Beso nefando é imprudente!...

NUÑO

Blanca es, más que la azafata,
de la reina confidente...
ella le llama su amiga;
¡tal cariño le ha tomado
que no hay en su corazón
secreto que no le diga,
ni repliegue, ni rincón
que ya no le haya mostrado!

RODRIGO

¿Blanca te ama?

NUÑO

¡De tal modo,
supe fingir mi pasión,
que intimé la rendición
el primer día, y ya todo
el campo es mío...

RODRIGO

¡Galán
Nuño, tan afortunado,
era preciso á mi plan!

NUÑO

¿Cómo no ser buen soldado
con tan grande capitán?

RODRIGO

Más, soldado lisonjero...

NUÑO

No es lisonja, si no franca
verdad... ¿Pero qué mirais?

RODRIGO

¡Alguien por aquel sendero
se acerca!...

NUÑO

¡La reina y Blanca
Me parece distinguir!...

RODRIGO

¡Si se pudiera escuchar!...

NUÑO

Por aquí...; yo sé un lugar
donde podremos oir...

(Vánse por la derecha.)

ESCENA II

La Reina y Blanca.

(Que desembocan transversalmente en el sendero del fondo.)

LA REINA USALDA

El rey se apoyará en mí
y al llegar á este sendero,
como distraídamente,
yo me apartaré un momento...
Al sentirse sin apoyo
en su sombra interior preso,
con las manos extendidas
él tacteará en el viento
buscándome; tú detrás
vas nuestros pasos siguiendo,
y al mirar que yo me aparto
vienes á ocupar mi puesto

hasta sentir en tu hombro
de su regia mano el peso...

Blanca

¡Me conocerá, señora!...

La reina Usalda

¿Cómo, Blanca, si está ciego?...

Blanca

¡Pero me hablará, y entonces
ó no podré responderlo,
ó conocerá mi voz!...

La reina Usalda

¡Ha llegado á tal extremo
su locura que ha perdido
de lo pasado el recuerdo,
y no distingue mi voz
de la voz de sus guerreros!
¿Lo harás, Blanca?

Blanca

¿Qué no haré
por conservar vuestro afecto?

¡De mi vida disponed
que mi corazón es vuestro,
y es un corazón leal
que jamás vendió á su dueño!...
porque es leal, no quisiera
ocultaros cierto miedo...

¡Yo no sé por qué me invade
un triste presentimiento
de desgracia!... ¡y en mis noches,
en mi solitario lecho,
cuando busco algún descanso
al espíritu y al cuerpo
de las fatigas del día,
apenas concilio el sueño
sufro horribles pesadillas,
se sobreexcitan mis nervios,
despierto sobresaltada,
y al despertarme, el recuerdo
del rey me asalta en las sombras
y ocupa mis pensamientos...

Excusadme... pero, ¿nunca
sentísteis remordimientos?...
¿Jamás pensásteis que Dios
ve lo que estamos haciendo,
y pudiera castigarnos
cuando menos lo pensemos?

La reina Usalda

¡Oh, bien se conoce Blanca
que no sentiste en tu pecho,
los áspides del amor
ni las hienas del deseo!...

¡Sí, Blanca, sí; como tú
tuve miedo... mucho miedo!
y en mi jardín, y en mi alcoba,
sobre el trono de mis reinos,
lo mismo cuando escuchaba
los vítores de mis pueblos,
que en esas horas tan íntimas
de soledad y aislamiento,
cuando una laxitud dulce
va invadiendo nuestros miembros,
y nuestros ojos se entornan
para ver mejor en sueños...

¡Siempre, siempre!, ¡cual jauría
hostil de canes famélicos,
iban siguiendo mis huellas
todos los remordimientos!

¿Y después?... ¿Cómo decirte?...
Los días largos, eternos,

las noches atormentadas
de delirios y desvelos!

¡Creí morir!... ¡Me ahogaba!...
¡Creí morir, y no he muerto!
¡Era cual si dos serpientes
se enroscasen á mi cuello
apretando sus anillos!

¿Después?... ¡No sé!... ¡No recuerdo
sino que allá en mis entrañas
—allá corazón adentro—
mi amor contra mi conciencia,
como en un circo sangriento
luchaban encarnizados,
los dos fuertes, los dos diestros,
de vida ó muerte la lucha,
franco y terrible el encuentro!...

¡Venció el amor! Desde entonces,
él me manda y yo obedezco.
¡Me manda matar y mato
y me dice muere, y muero!

(Exaltándose.)

¡Que es tan ardiente, tan grande,
que si alguien me diera celos,

con los dientes, con las uñas,
como leona del desierto
le arrancara el corazón!

Blanca

¡Callad, callad!... ¡Me dais miedo!
¡Haré lo que me mandéis,
y que nos perdone el cielo,
á vos, porque amáis, y á mí
por la obediencia que os debo!

La reina Usalda

¡Gracias, Blanca; tus servicios
muy mal recompensar puedo,
porque no ignoro que valen
mucho más de lo que tengo!

¿Mis palacios y jardines,
quieres para tu recreo?...
¿Qué anhelas, dí? ¿Qué ambicionas?

Blanca

¡Tan solo señora quiero
que de que os serví fielmente
conservéis siempre el recuerdo!

LA REINA USALDA

¿Ves este collar de perlas
que pende sobre mi seno?..,
¡Pues es tuyo! ¡Ven; acércate,
yo misma quiero ponértelo!

(Se quita el collar y se lo pone á Blanca.)

(Mientras se lo pone.)

¡Son tan ricas y preciosas
perlas, que no tienen precio!...

BLANCA

(Confusa.)

¿Cómo agradecer bastante?...
¡Sóis generosa en extremo!

LA REINA USALDA

¿Harás, pues, lo que te dije?

BLANCA

¿Cómo pudiera no hacerlo?

LA REINA USALDA

Entonces me voy, porque antes
todo prevenirlo quiero...

BLANCA

(Inclinándose.)

¡Id con Dios, señora mía!

LA REINA USALDA

¡Piensa, Blanca, que te espero!...

(Vase.)

ESCENA III

Blanca y Nuño.

BLANCA

(Quitándose el collar y contemplándolo extasiada.)

¡Ricas perlas...! ¡qué alegría
les dá á mis ojos el verlas!

(Como si dudara de su posesión.)

¿Y esta rica joya es mía?..

NUÑO

(Que ha avanzado hasta colocarse detrás de Blanca sin ser visto.)

¡Hermoso collar de perlas!

BLANCA

(Volviéndose asustada.)

¡¡Ah...!! ¿Tú...?

NUÑO

¡Yó que te seguía...!
¿Quién si no, viven los cielos?
Que me hacen seguir los celos
tus pasos como un espía...

BLANCA

¿Tanto me amas, Nuño?

NUÑO

¡Tanto!

BLANCA

¡En galanía eres ducho...!
Me amas, pero... ¿como cuánto...?

NUÑO

(Amoroso.)

¿Como cuánto...? ¡Mucho...! Mucho...!

BLANCA

¡Mucho...; frase socorrida...!
¿Mas, cómo en tiempo tan breve?

NUÑO

¡Porque eres la presentida
de mi corazón amante...!
¡Fuente donde mi alma bebe,
nido donde mi alma anida...!
¡Porque yo amo en un instante
lo que otros en una vida!

(Mirando al collar que aún sostiene Blanca en las manos.)

Pero, ¿quién te ha regalado...?

BLANCA

¿No adivinas?

NUÑO

(Celoso.)

¡Sí; adivino
que fué algún enamorado
de tanto hechizo divino!

BLANCA

¡Bah..., no lo hubiera aceptado!

(Mostrándole el collar.)

¿Nunca lo viste?

NUÑO

(Intentando reconocerlo.)

¡Por Cristo
que sí...! Mas el tiempo pierdo...!

(Como recordando.)

¡Yo lo he visto... yo lo he visto...
vaya, que no lo recuerdo...!

BLANCA

(Poniéndose el collar con coquetería.)

¿Dime, Nuño, con franqueza,
¿qué tal me sentará así?

NUÑO

Muy bien... ¡Pero, pese á tí,
que no aumenta tu belleza...!

(Cogiéndole bruscamente la mano como en un arrebato de celos.)

¿Quién te lo dió, quién ha sido?

BLANCA

¿Celos sientes?

NUÑO

¡Por mi mal!

BLANCA

¡Torpe, no lo has conocido...!

(Con orgullo.)

¡Este collar se ha ceñido
á una garganta real!

NUÑO

(Fingiendo asombro.)

¿La reina...?

BLANCA

¡La misma fué,
que me lo dió generosa...!

NUÑO

En pago de alguna cosa
te lo daría... ¿por qué...?

BLANCA

(Aparte.)

¿Por qué fué.:.? ¡Vaya un aprieto...!

(Queda pensativa; Nuño la contempla en silencio.)

NUÑO

¿Es que no quieres hablar?
¿Por qué, dí, te dió el collar?

BLANCA

¡Ese es, Nuño, mi secreto!

NUÑO

(Con desdén.)

¿Con que secretos? ¡Muy bien...!
Pues me obligas á marchar...
No me debes preguntar
por qué... ¡secreto es también!

BLANCA

(Con amorosa tristeza.)

¿Te vas, Nuño?

NUÑO

(Haciendo que se va.)

¡Blanca, adiós!

(Aparte.)

(¡Hay que ganar la jornada!)

BLANCA

(Intentando detenerlo.)

¡Nuño! ¡Nuño!

NUÑO

¿Qué hay?

BLANCA

(Dudando.)

¡No... Nada!
Mas... ¡no te marches por Dios!

NUÑO

(Volviendo.)

¿Me lo dirás?

BLANCA

Antes quiero
mis precauciones tomar;
¿el secreto has de guardar?

NUÑO

Palabra de caballero!

BLANCA

(Confidencial.)

Pues bien; desde que ha escapado
Samuel, burlando la ley,
camina siempre apoyado
en su esposa Usalda, el rey...
Buscando cualquier pretexto,
esta noche, ella un instante
se apartará... Vigilante,
voy yo y ocupo su puesto...

NUÑO

(Asombrado.)

¡Por Dios, que me causa asombro!

BLANCA

El rey la buscará en vano,
y yo hago que su mano
venga á posarse en mi hombro...

NUÑO

¿Pero el objeto...?

BLANCA

¡La cita...!

NUÑO

¿Qué cita?

BLANCA

¡Con el de Bianes!

NUÑO

(Aparte.)

(¡Nuestra trama facilita
ese amor de rufianes...!)

(En alta voz.)

¿Por eso el collar te dió?

BLANCA

Sí; mas antes me ofreció
riquezas, grandes palacios
con fastuosos camarines,
frondosísimos jardines,
zafiros, perlas, topacios...

Yo, al principio resistía...,
mas fué en vano rehusar
cuando vi que á mí venía,
y miré que me ponía
en el cuello, su collar...

NUÑO

¿Sabe tu amor tu señora?

BLANCA

Mi pasión le confesé,
y me dijo: —«yo seré
de vuestro amor protectora.»—

¿Obré bien, Nuño? ¿O mejor
obraría de otro modo?

NUÑO

¡No tal, Blanca; ya que todo
lo hiciste por nuestro amor!

BLANCA

(Amorosa.)

¿Pasaron, pues, tus agravios?

NUÑO

(Acercándose.)

¡Precisan compensación!

BLANCA

¿Cuál, Nuño?

NUÑO

¡Dame tus labios!

BLANCA

(Apasionada.)

¡Tómalos, que tuyos son!

(Se arroja en sus brazos, ofreciéndole los labios. Despues, desprendiéndose.)

¡Suelta...! ¡La reina me espera!

NUÑO

(Enlazándola por la cintura y acompañándola al fondo.)

¡Adiós, pues, Blanca hechicera!

BLANCA

¡Ahí queda mi corazón!

(Vase.)

ESCENA IV

NUÑO Y RODRIGO

RODRIGO

(Por la derecha.)

¡Pobre garza prisionera
en las garras del halcón!
¿Vendrán, Nuño?

NUÑO

¡Si vendrán...!

RODRIGO

¡Tan impaciente me hallaba
que no escuché...!

NUÑO

¡Yo ya estaba
bien seguro, capitán!

RODRIGO

¡Caerá entre nuestras manos
como fiera acorralada!
¿Y la gente?

NUÑO

Preparada...

RODRIGO

¡Tras esos setos cercanos
dispondrás una emboscada!

Y porque escapar no pueda
por ese lado el traidor,
tú con la gente mejor
te ocultas en la arboleda.

Estar alerta es preciso
para acudir puntual,
Nuño, á mi primer aviso...
tú ya sabes la señal...

NUÑO

¿Y cómo no estar atento
al final de la partida?

RODRIGO

¡No hay que perder un momento,
pues volverán en seguida...!

(Miradlos... ya están allí!

NUÑO

Pues vamos también nosotros.

RODRIGO

¡Vamos, Nuño; vamos, sí!

(Amenazante hacia el fondo.)

¡¡Traidores, ay de vosotros!!

(Vase Nuño por la izquierda
y Rodrigo por la derecha.)

ESCENA V

El rey, la reina y Blanca

(Al final del sendero del fondo, el rey apoyándose en la reina; Blanca detrás.)

El rey Constante

¿Es de día ó de noche...?

La reina Usalda

Es de esas bellas
noches azules; van iluminando
las estrellas, el cielo...

El rey Constante

¡¡Las estrellas...!!
¡¡Los mil ojos de Dios que están mirando!!

LA REINA USALDA

¿Y cuando el cielo azul no se tachona
de estrellas y la noche, es triste, oscura...?

EL REY CONSTANTE

¡Entonces... es que Dios nos abandona
en medio de un sendero de amargura...!

LA REINA USALDA

(Aparte á Blanca.)

(Aprovechemos, Blanca, su locura!)

EL REY CONSTANTE

¡Oh, mirar las estrellas, ver el cielo...!

LA REINA USALDA

(Apartándose.)

¡¡Ahora...!!

EL REY CONSTANTE

(Al sentirse sin apoyo vacila un momento, tacteando hasta encontrar el hombro de Blanca, que viene á ocupar el puesto de la reina.)

¡¡Usalda...!! ¡Usalda...!

LA REINA USALDA

¡No... no es nada...!
Me he quedado un instante retrasada
á recoger del suelo mi pañuelo...

(Dejando al rey apoyado en Blanca se dirige á la izquierda, donde se mantiene durante el resto de la escena, mirando por entre los bastidores como si esperara la llegada de alguien.)

¿Lo habrán visto...? ¿Lo habrán reconocido...?

(Convencida.)

¡Siempre encontró su amor el paso franco!

(Continúa al acecho.)

EL REY CONSTANTE

(A Blanca.)

¡Quiero sentarme, Usalda, estoy rendido...!

BLANCA

(Dirigiéndolo hacia la derecha.)

¡Vamos, pues, por aquí...! ¡Allí hay un banco...!

EL REY CONSTANTE

¿Por qué estás triste, dí? ¿Por qué ha cambiado
El timbre de tu voz...? ¡Es otro tono...!

BLANCA

(Vivamente.)

¡Tristeza de mirarte en tu abandono...!

EL REY CONSTANTE

(Buscándole y cogiéndola amorosamente las manos.

¡Gran tristeza... ¿Verdad? ¡Siempre me ha amado
tu pobre corazón tierno y sencillo...

(Evocando.)

¡Nuestro amor... nuestra dicha...! ¡Qué lejanos...!

(Parece buscar algo en las manos de Blanca).

¿Cómo, Usalda? ¿Tus manos
no tienen para adorno ni un anillo?

BLANCA

¡Todo, viéndote ciego, me da enojos...!
¡Las joyas sientan mal á mi tristeza!
¿Y para qué las quiero si tus ojos
ya no se han de extasiar en mi belleza...!

(Vanse lentamente por la derecha.)

ESCENA VI

La Reina y El Duque

(Por la izquierda.)

LA REINA USALDA

(Que va al encuentro.)

¡Al fin, Duque...!

EL DUQUE DE BRANES

(Cogiéndole las manos y conduciéndola al banco, donde se sientan.)

¡Usalda, albricias!
¡Ya nuestra victoria es franca...!
¿Y el rey?

La reina Usalda

¡Se marchó con Blanca...!
Mas ¿cuáles son tus noticias?

Noticias de enamorado
me dice el alma que son!

El Duque de Branes

(Con alegría.)

¡Usalda, ayer han matado
A Samuel en su prisión!

La reina Usalda

¡Horror...!

El Duque de Branes

¡Muerto ya el malvado,
no tiene el rey salvación,
que á la muerte su locura
pronto lo conducirá...

(Amoroso.)

Y entonces... mía será
para siempre tu hermosura!

LA REINA USALDA

¿Pero otro crimen...?

EL DUQUE DE BRANES

¿Qué importa,
Si al fin salgo vencedor?
¡Es nuestra vida tan corta,
y es tan grande nuestro amor,

que al final de esta partida,
en amoroso embeleso,
mi vida será tu vida
y las dos vidas... ¡un beso...!

(Delirante de pasión.)

¡Oh tus besos, Usalda, silenciosos y largos...!
¡Oh tus divinos besos! ¡tus besos absorbentes!
¡Oh tus labios ardientes,
dulces como la miel como el veneno amargos...!

¡Oh tus besos que tienen poder de hechicería...!
¡Oh tus labios que son como dos filtros rojos,

que nos curan del mal de la melancolía
y que ciñen la venda de amor á nuestros ojos...

¡Oh, vuelva á nuestras almas la santa primavera,
y sea aquel amor de los días felices
como un árbol, que muerto, de repente sintiera
que la savia corría de nuevo sus raíces...!

¡Imposible romper los inflexibles lazos
a que quiso el destino que estuviéramos presos...!
¡¡Ven, Usalda, á mis brazos...!!
¡¡Quiero escuchar la música divina de tus besos...!!

La reina Usalda

(Apasionadísima.)

¡Rompa mi corazón la cárcel de mi boca...!
¡Te amo! ¡Te amo! ¡Nuestro amor es eterno...!
¡Te adoro, Duque, con pasión tan loca,
que te amaría hasta en el mismo infierno...!

¡Tan sólo en nuestro amor hallo consuelo...
Mi dolor se disipa al escuchar tu voz...!
¡Contra la misma voluntad del cielo
te adoro, Duque, y contra el mismo Dios...!

(Se unen en un amoroso abrazo, trémulos de pasión; los

ojos fulguran intensamente, los cuerpos parecen buscarse, los labios van á juntarse en un beso...)

DUQUE DE BRANES

(Abrazando á la reina.)

¡¡Nadie podrá romper lazo tan fuerte...!!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, el Rey, Blanca, Rodrigo, Nuño y soldados.

(Por la derecha, loco de furor, aparece el rey. Blanca, detrás, pálida y presa de hondo pavor, intenta vanamente detenerlo.)

EL REY CONSTANTE

(Cogiendo á Blanca por el cuello y arrojándola furiosamente contra el suelo. Blanca lanza un grito de terror.)

¡¡Aparta ó te estrangulo, vil traidora...!!

(Abalanzándose bruscamente sobre el duque y la reina.)

¡¡Mentís!! ¡¡Mentís!! ¡¡Porque llegó la hora
en que sintáis el beso de la muerte...!!

(Se arroja sobre el duque; éste sorprendido, intenta sacar la espada para defenderse

pero al grito de Blanca, han salido por todo el sector del fondo Rodrigo, Nuño y soldados, con los aceros desnudos, que en un momento prenden y atan al duque, que forcejea vanamente durante toda la escena; entonces el rey se arroja sobre la reina: sus manos hacen presa en su cuello, arrastrándola hasta el centro de la escena. Rodrigo, Nuño, Blanca y algunos soldados, luchan con él inútilmente para arrancarle la reina de sus manos; algunos soldados trajeron hachones de viento, que dan á la escena un trágico fulgor. Todo muy rápido.)

La reina Usalda

(Ahogadamente.)

¡¡Tu mano me estrangula... pero ensancha...
hasta la muerte... nuestro amor sublime...!!

El rey Constante

(Apretando brutalmente su garganta.)

¡¡En el infierno lavarás tu mancha...!!

LA REINA USALDA

(Cuya voz se apaga por momentos.)

¡¡El amor... que me mata... me redime...!!

(La lucha de todos contra el rey, es cada vez más tenaz y encarnizada.)

EL REY CONSTANTE

(A los que intentan detenerle)

¡Atrás! ¡Atrás! ¡Os digo atrás, villanos...!
¡¡Juro que el que á mi alcance se aproxime,
ha de morir como ella entre mis manos ..!!

(Deja caer á la reina, estrangulada, en el centro de la escena; todos quedan horrorizados: Blanca se inclina sobre el cadáver de su señora: el rey la contempla un momento... Después se dirige al duque.)

¡¡No creyendo en tan grande cobardía,
por mis fieles vasallos avisado,

me fingí ciego cuando más veía,
y no sé cómo ciego no he quedado
ante vuestra traición y villanía...!!

(A los soldados.)

¡Soldados, á prisión llevad al falso
Consejero del rey...!

(Al duque.)

¡Pueblo y nobleza
han de ver cómo rueda tu cabeza
las rojas graderías del cadalso...!

(Los soldados se llevan rápidamente al duque, que aún forcejea; quedan en escena Rodrigo, Nuño y Blanca, que continúa inclinada ante la reina, y los soldados que salieron con hachones.)

El rey Constante

(Ante el cadáver de la reina, dejando arrastrar trágicamente sus palabras en un largo sollozo contenido)

¡¡Ciego quisiera estar para no verte...!!
¡¡Te adoraba, traidora, y te he matado,
pero mi triste corazón llagado
también se va contigo hacia la muerte...!!

TELÓN

Así termina El Rey Ciego


ADOLFO APONTE
MOYA DEL PINO
EX-LIBRIS

LIBRERIA «FERNANDO FÉ»

OBRAS DE FONDO

	Ptas.
Alvarez Cerón (M). Alucinaciones(poemas espirituales); en 8.º	1,50
Alvarez Quintero (S. y J.). La historia de Sevilla (romance), con música de Francisco Bravo; en 8.º	1
— ¿A quién me recuerda usted? (Paso de comedia; ídem	1
— El cerrojazo (entremés); id.	1
— Cabrita que tira al monte... (drama en cuatro actos); íd.	3,50
— Marianela (drama en tres actos); idem	3,50
Bécquer (G. A.) Obras en prosa y verso; 3 vols. en 8.º	10,50
— Obras escogidas, edición del monumento, con un discurso de S. y J. Alvarez Quintero; en 8.º, encuadernado	4,50
Benavente (Jacinto). El Teatro del pueblo; en 8.º	3,50
Blasco (Eusebio). Poesías festivas; en 8.º	2,50
— Corazonadas (poesías); idem.	2,50
Campillo (Narciso). Nuevos cuentos; en 8.º	2,50
Cano y Cueto (M.). Tradiciones sevillanas; en 8.º	4
Cánovas del Castillo (A.). La campana de Huesca (novela); en 8.º	5
Castelar (E.). ¡¡Patria!!; en 8.º.	3
Castro y Serrano (J. de). Historias vulgares; 2 vols. en 4.º.	10
Claveles dobles. Cuentos de doble intención; en 8.º, con grabados	2
Coppée (F.). Enriqueta, versión castellana de Carlos C. Frontaura; en 8.º	3
Cueva (Manuel de la). Pensamientos, máximas y consejos entresacados de las obras de Cervantes, al alcance de la inteligencia de los niños; ilustraciones de Vivanco; en 8.º mayor	2
Danvila (E.) La conquista de la elegancia (novela); en 8.º	3,50
Daudet (A.). Safo, costumbres de París, traducción de E. López Bago; en 8.º	
Feuillet (O.). La viuda (novela), traducción de Ildefonso A. Bermejo; en 8.º	
Gabriel y Galán (J. M.) Obras completas; dos vols. en 8.º	
Ganet (M. G.). El Dios Momo. Ramillete de chistes; en 8.º	
Gómez del Todo (L.). Una pesetilla de cuentos pardos; en 8.º	
González Villa-Amil (A.). Colección de cuatro mil epigramas; 2 vols. en 8.º	8
Lamartine (A.). Regina, versión castellana por José Feito García; en 8.º	2
Mantegazza (P.). Testa Libro para los jóvenes, versión española de Antonio Salazar; en 8.º	
Mota (Fernando). El misterio de los ojos estáticos (novela de hipnotismo); en 8.º	3
Nervo (Amado). Elevación (nuevos poemas); en 8.º	2
Ohnet (J.). Sergio Panime (novela); versión española; en 8.º	3
— La Condesa Sara; idem, id.	3
Pérez Capo (F.). Amor vicioso (novela); en 8.º	1
— Su Excelencia Don... Cornelio (intimidades de una pecadora) en 8.º	1
Reyes (A.). Cielo azul (novela andaluza); en 8.º	3
Sellés (E.). Narraciones (novelas y cuentos); en 8.º	3
Solano y Polanco (Ramón de). Romancero de Cervantes; segunda edición; en 8.º mayor	3
Unamuno (M. de). Paz en la guerra (novela); en 4.º	4
Urbano Carrere (R. A.). Fortaleza (novela) en 8.º	3